Berzabal; mientras tanto la muchedumbre reunida en el cerro del Cuarto, comenzó una descarga de piedras a mano i con hondas tan continua, que excedía al más espeso granizo, i para tener provistos a los combatientes, enjambres de indios i de la gente de Guanajuato unida con ellos, subían sin cesar del río de Cata las piedras rodadas que cubren el fondo de aquel torrente. Tal fué el número de piedras lanzadas en el corto rato que duró el ataque, que el piso de la azotea de la Alhóndiga estaba levantado como una cuarta sobre su ordinario nivel. Imposible fué sostener las trincheras i mandada retirar la tropa que las guarne. cía, hizo cerrar la puerta de la Alhóndiga el capitán Escalera que estaba allí de guardia, con lo que los europeos, que ocupaban la hacienda de Dolores, quedaron aislados, sin más recursos que vender caras sus vidas, i en la misma o peor situación la caballería que estaba en la cuesta del río de Cata. Tampoco pudo defenderse largo tiempo la azotea, dominada por el cerro del Cuarto i por el de San Miguel. Abandonadas las trincheras i retirada la tropa que defendía la azotea, se precipitó por todas las avenidas aquella confusa muchedumbre hasta el pie del edificio. La caballería fué completamente arrollada; murió el capitán Castilla, algunos soldados perecieron i el resto se pasó a los de Hidalgo.

Había una tienda en la esquina que forman la calle de los Pocitos i la subida de los Mandamientos, en la que se vendían rajas de ocete (pino), de que se proveían los que iban de noche a las minas para alumbrarse por el camino. Rompió las puertas la muchedumbre, cargó con la leña, la arrimaron a la puerta de la Alhóndiga i prendieron fuego, mientras otros, prácticos en los trabajos subterráncos, acercándose a la espalda del edificio cubiertos con cuartones de losa, empezaron a practicar barrenos para socavar aquel por los cimientos. Arrojaban por las ventanas los de adentro, sobre la multitud, los frascos de hierro, los cuales, al hacer explosión, echaban por tierra a muchos; pero inmediatamente volvía a cerrarse el pelotón i sofocaban bajo los pies a los que habían caído, que es el motivo porque hubo tan pocos heridos de los asaltantes, habiendo sido grande el número de los muertos.

El desacuerdo de los sitiados hacía que al mismo tiempo que D. Gilberto Riaño, sediento de venganza por la muerte de su padre, i D. Miguel Bustamante que lo acompañaba, arrojaban con otros los frascos sobre los asaltantes, el asesor hacía poner un pañuelo blanco en señal de paz, i el pueblo, atribuyendo a perfidia lo que era efecto de la confusión, redoblaba su furor i se precipitaba al combate con mayor encarnizamiento. El asesor hizo entonces descolgar por una ventana a un soldado que fuese a parlamentar; el infeliz llegó al suelo hecho pedazos.

En seguida intentó salir el padre D. Martín Septien, confiado en su carácter sacerdotal i en un Santo Oristo que llevaba en las manos; la imagen del Salvador voló hecha astillas a pedradas, i el padre, empleando la cruz que le había quedado en la mano, como arma ofensiva, logró escapar, aunque mui herido, entre la muchedumbre. Los españoles, entretanto, no escuchando más voz que la del terror, arrojaban los unos dinero por las ventanas, por si la codicia de recogerlo podía aplacas a la multitud; otros pedían a gritos que se capitulase, i muchos, persuadidos de que era llegada su última hora, se echaban a los pies de los eclesiásticos que allí había a recibir la absolución.

Viendo Berzabal arder la puerta, recogió los soldados que pudo del batallón i los formó frente a la entrada. Consumida aquella por el fuego, mandó hacer una descarga cerrada, con lo que perecieron muchos de los asaltantes; pero el impulso de los de atrás llevó adentro a los que estaban delante, pasando sobre los muertos i arrollándolo todo con impetu irresistible, se llenó mui pronto de indios i plebe el patio, las escaleras i los corredores de la Alhóndiga. Berzabal, con un puñado de hombres que le quedaban se retiró a uno de los ángulos del patio, defendió las banderas de su batallón con los abanderados Marmolejo i González, i habiendo éstos caído muertos a su lado, las recogió i teniéndolas asidas con el brazo izquierdo, se sostuvo con la espada, i rotaésta, con una pistola, contra la multitud que lo rodeaba, hasta que cayó atravesado por muchas lanzas, sin abandonar las banderas que había jurado defender. Con esto cesó toda resistencia i ya no se oía más que algunos tiros de uno que otro que aisladamente se defendía, como el español Ruimayor que no dejó se le acercasen los indios hasta haber consumido todos sus cartuchos. En la hacienda de Dolores, los europeos que allí estaban intentaron ponerse en salvo por una puerta posterior que da al puente de palo sobre el río de Cata; pero la encontraron ya tomada por los asaltantes, con lo que se resolvieron a retirarse a la noria donde por ser lugar alto i fuerte se defendieron hasta consumir las municiones i causaron gran mortandad en los insurgentes. Sólo-D. Juan Iriarte mató a 18; pero no quedó un europeo vivo, porque el que no murió a lanzada, pereció ahogado en la noria.

Dueños los insurgentes de la Alhóndiga (dice Alamán), dieron rienda suelta a su venganza. Los rendidos imploraban en vano la piedad del vencedor, pidiendo de rodillas la vida. Una gran parte de los soldados del batallón murieron; otros escaparon quitándose el uniforme i mezclándose con la muchedumbre. Entre los oficiales perecieron muches jóvenes de las más distinguidas familias de la ciudad i etros quedaron heridos gravemente, entre ellos D. Gilberto Riaño, que mu-

rió a pocos días, i D. José María i D. Benigno Bustamanta. De los españoles murieron muchos de los ricos i principales vecinos. También murió un comerciante italiano llamado Reinaldi, que por aquellos días había ido a Guanajuato con una memoria de mercancías i con él un niño de 8 años, hijo suyo, que los indios arrojaron del corredor abajo i estrellaron contra el suelo. Todos fueron despojados de sus vestidos, i al desnudar el cadáver de D. José Miguel Carrica, se halló cubierto de cilicios, lo que hizo correr la voz de que se había encontrado un gachupín santo. Los que quedaron vivos, desnudos, llenos de heridas, atados en cuerdas, fueron llevados a la cárcel pública, que había quedado desocupada por haberse puesto en libertad a los reos que allí estaban. Calcúlase variamente el número de muertos que hubo por una i otra parte: el de los insurgentes se tuvo empeño en ocultar i los enterraron aquella noche en zanjas que se abrieron en el río de Cata, al pié de la cuesta. El Ayuntamiento en su exposición lo hace subir a 3,000.

Abasolo, en su causa, dice que fueron mui pocos. De los soldados murieron como 200 i 105 españoles. Los cadáveres de éstos fueron lle. vados desnudos, asidos por los pies i manos o arrastrando, al próximo camposanto de Belén, donde fueron enterrados. El del Intendente estuvo dos días expuesto al ludibrio del populacho, que quería satisfacer-se por sí mismo de la fábula absurda que se había hecho correr, "de que tenía cola porque era judío," la que no dejó por esto de conservarse en crédito. Fué después sepultado con una mala mortaja que le pusieron los religiosos de aquel convento.

La plebe se entregó al pillaje de todo cuanto se había reunido en la Alhóndiga i en pocos momentos desapareció todo. Por todas partes estaban esparcidos los comestibles que se habían acopiado. Los cadáveres, desnudos, se hallaban medio enterrados en maíz, dinero i todo manchado de sangre. Los saqueadores combatían de nuevo por el botín i se daban muerte unos a otros. En esto corrió la voz de que había prendido fuego en las trojes i que comunicándose a la pólvora, iba a volar el castillo (así llamaban a la Alhóndiga). Los indios se pusieron en fuga i los que estaban a caballo corrieron a escape por las calles. De esta manera la plebe de Guanajuato quedó sola con el botín. La gente que estaba en los cerros bajó a participar del despojo i esa misma tarde comenzó el saqueo general, continuó toda la noche i días siguientes, de las tiendas i casas de los europeos. A la luz de rajas de ocote, echaban abajo, a golpes, las puertas; el populacho con grandes alaridos i aplausos se precipitaba a apropiarse de los efectos del comercio, muebles, ropa de uso i toda clase de objetos. Las mujeres huían despavoridas a las casas vecinas, trepaban por las azoteas, i sin saber todavía si en aquella tarde habían perdido a un padre o a un esposo en la Alhóndiga, veían arrebatarse, en un instante, el caudal que aquellos habían reunido en muchos años de trabajo, industria i economía. Familias enteras que aquel día habían amanecido bajo el amparo de sus padres o maridos, unas disfrutando de opulencia i otras gozando de abundancia en una honrosa mediocridad, yacían aquella noche en una deplorable orfandad i miseria, sin que en lugar de tantos que habían dejado de ser ricos, hubiera ninguno que saliera de pobre. En aquel despilfarro todo desapareció como el humo, sin dejar más rastro que la memoria de una antigua prosperidad.

Arrebatábanse los saqueadores entre sí los efectos más valiosos, i la plebe de Guanajuato, astuta i perspicaz, se aprovechaba de la ignorancia de los indios para quitarles lo que habían cogido, o para cambiárselo por vil precio. Persuadiéronles que las onzas de oro no eran monedas, sino medallas de cobre i se las compraban a dos o tres reales, i lo mismo hacían con las alhajas, cuyo valor aquellos no conocían. Las calles i las plazas estaban llenas de fragmentos de muebles, de restos de los objetos sacados de las tiendas, de licores derramados después de haber bebido el pueblo hasta la saciedad. Este se entregaba a todo género de excesos, i los indios de Hidalgo presentaban las más extrañas figuras, vistiéndose sobre su traje propio, la ropa que habían sacado de las casas de los europeos, entre la que había uniformes de regidores, con cuyas casacas bordadas i sombreros armados, se engalanaban aquellos, llevándolas con los pies descalzos i en el más completo estado de embriaguez.

El pillaje no se limitó a las casas i tiendas de los europeos en la ciudad. Lo mismo se verificó en las de las minas, i el saqueo se hizo extensivo a las haciendas de beneficiar metales. La plebe de Guanajuato, después de haber dado muerte en la Alhóndiga a los allí refugiados, arruinó los establecimientos mismos, dando golpe de muerte al ramo de la minería, fuente de la riqueza, no sólo de la ciudad, sino de toda la provincia. En todas estas ruinas iban envueltos los mejicanos, por las relaciones de negocios que tenían con los españoles.

Hidalgo quiso hacer cesar el desórden, para lo que publicó un bando el domingo 30 de septiembre; pero no sólo no fué obedecido, sino que no habiendo quedado nada en las casas ni en las tiendas, la plebe había comenzado a arrancar los enrejados de hierro de los balcones, i estaba empeñada en entrar en algunas casas de mejicanos, donde se había dicho que había efectos ocultos pertenecientes a los europeos. Una de éstas fué la de la familia de D. Lucas Alamán, quien presenció la catástrofe i escribió la relación que extractamos.

Hidalgo, para contener el desorden, mandó al capitán Ignacio Centeno con un cuadro de la virgen de Guadalupe i un indio con un tambor tocando, i detrás el Cura a caballo acompañado de los demás generales. Llegó la comitiva al paraje adonde estaban arrancando los balcones, i después de golpes i gritos pudo contenerse aquella plebe desenfrenada.

Guanaseví (mineral de). En 1596 estuvo en Guanaseví del Parral el padre Jerónimo Ramírez. (Docum. para la Hist. de Méjico, 1ª serie, vol. 32, tomo 3º, págs. 35 i 44).

Guaspaltepec de Oajaca (encomienda de). El primer encomendero de Huaspaltepec (hoi Guaspaltepec) fué Gonzalo de Sandoval; Nuño de Guzmán lo dió a Rodrigo de Albornoz, a quien se le quitó poco después. (Gay, tomo 1°, pág. 268).

Guayabitas (acción de). Palabra formada de guayabita, diminutivo de guayaba, fruta del guayabo.

En Guayabitas (rancho de Sierra Gorda), a mediados de marzo de 1861, se dió una acción que fué ganada por el general D. Manuel Doblado al general D. Tomás Mejía. (Rivera, tomo 1º, pág. 130).

Guayabo (acción del). El vocablo Guayabo es antillano, de la lengua haití i cibonei, i es el nombre de un árbol frutal silvestre.

En 1622, siendo prior de Jacona Fr. Nicolás de la Cueva, un indio, rajando en su casa un guayabo, halló en el centro una cruz mui bien hecha.

El 10 de noviembre de 1866 fué la acción del Guayabo, rancho cerca de Tonila, del Estado de Colima, i la ganó el jefe republicano Cepeda i Merino al bandido coronel francés Bethelin, quien mandaba una tropa franco-mejicana. Allí murieron Bethelin i 40 entre oficiales i soldados. (Rivera, t. 2º, pág. 204).

Guazapares.

En 1678 había en el pueblo de Santa Teresa de Guazapares, llamado en su lengua guazaypo, 204 familias. (Docum. para la Hist. de Mej., 1ª serie, vol. 32, tomo 3, pág. 390).

Guelatao (San Pablo). Palabra zapoteca que significa laguna encantada; compuesta de guiela, laguna, i tao, encanto, o laguna grande, como le dicen los indios serranos con el nombre Yelatoo, de Yela, laguna, i too, grande, extensa.

El pueblo de San Pablo Guelatao, está cerca de la laguna Yelatoe, a 1,894 metros sobre el nivel del mar, i es memorable por haber nacido en este pueblo del distrito de Villa Juárez o Ixtlán, del Estado de Oajaca, D. Benito Juárez, el 21 de marzo de 1806.

Guerra de castas en Yucatán (motivos de la). Del antiguo alto alemán werra, disputa, riña. (Monlau).

El cabecilla de los indios, Jacinto Pat, escribió al cura Vela la siguiente carta, en la que expone los motivos que los indios de Yucatán tuvieron para levantarse contra los blancos:

"Señor padre D. Canuto Vela.—Tijosuco, 24 de febrero de 1848.— Mi más venerado señor i padre sacerdote aquí sobre la tierra, primeramente Dios, porque así sabemos que ha descendido de su santo cielo para redimir a todo el mundo. Señor mui respetable, recibí tu honorable comunicación i la del santo Obispo que me mandaste de fecha 18 del mes en que estamos, i habiéndoles comunicado a todos mis muchachos su contenido, doi a saber a Dios i a tu venerabilidad, así como al señor santo Obispo que es la verdad que pongo en tu superior conocimiento: que a no haber sido los daños que empezaron a ocasionarnos los señores españoles aquí en el pueblo de Tijosuco, no se hubieran alzado estos pueblos: pues si lo están es por defenderse de la muerte que empezó a ocasionarnos el señor subdelegado D. Antonio Trujeque; cuando vieron estos indios las tropelías con que se les cogía para armarlos en la plaza de este pueblo de Tijosuco, entonces, señor, se alzaron. El igualmente empezó contra los indios quemando el pueblo de Tepich i dió principio a coger al pobre indio, como coger animales bajo el monte. De orden del señor Trujeque, fueron matados muchos, ignorando nosotros si el superior gobierno haya dado orden para que nos mate, i por lo que no descansan hasta que no se pronuncie el gobierno i que ni medio de contribución han de pagar para que descansen; de suerte que si aboliera la contribución, descansaría todo indio, puesto que todos los de su raza están alzados; así es que con todo lo que manifiesto a tu señoría se retirarían; pues de lo contrario, la vida o la muerte decidirá este asunto, porque ya yo no tengo más recurso.

También participo a tu venerabilidad, señor, que sabré lo que convenga cuando me contestes esta mi comunicación. Asimismo, te doi a saber, mi señor, que el derecho de bautismo sea el de tres reales, el de casamiento de diez reales, así del español como del indio, i la misa según i como estamos acostumbrados a dar su estipendio, lo mismo que el de la salve i del responso. Esto es lo último que manifiesto a tu apreciable venerabilidad.

El Dios verdadero acompañe a tu santa alma por muchos años.—Yo Jacinto Pat."

¹ Según esta carta, los blancos fueron los culpables de la guerra, por los atropellos que habían cometido con los indígenas: el servicio, los azotes, las exacciones, el maltrato, etc., etc.

Guerrero (traición a). Apellido derivado de guerra.

El general D. Nicolás Bravo, que había sido desterrado por la revuelta de Tulancingo, fué indultado por el general D. Vicente Guerrero, en virtud de facultades extraordinarias, el 16 de septiembre de 1829.

Bravo volvió a su patria i aceptó del gobierno el triste encargo de perseguir a Guerrero. Es sensible tener que reprochar esta acción a un hombre como Bravo; pero la verdad lo exige. La justicia pide también un homenaje de respeto i un recuerdo de alta estimación al general D. Miguel Barragán, quien, hallándose en el mismo caso que Bravo, alzó su respetable voz, i dirigió al congreso una exposición en 17 de noviembre de 1830, la que proponía la formación de una junta de gobernadores, eclesiásticos i generales, que arreglase la situación del país.

La guerra se prolongó durante el año de 1830. En enero de 1831, fué convidado Guerrero a comer por el genovés Francisco Picaluga, que mandaba un bergantín sardo, El Colombo. Mas luego que estuvo a bordo, Picaluga lo prendió, i dándose a la vela, se dirigió a Huatulco i entregó el general Guerrero al capitán D. Miguel González, éste lo condujo a Oajaca, donde juzgado en consejo de guerra ordinario, fué condenado a muerte i pasado por las armas en la villa de Chilapa el día 14 de febrero de 1831. (Dicc. Univ. de Hist. i Geog., tomo 3º, pág. 749). Picaluga se prestó a la traición por 50,000 pesos. El ministro de la guerra asegura que Picaluga se prestó voluntariamente a poner su buque a las órdenes del gobierno. D. Manuel Zabala asegura que Picaluga le ofreció poner en algún puerto en que hubiera tropas del gobierno al general D. Vicente Guerrero, caudillo de la revolución. (1d. pág. 750).

Guerrilleros mejicanos. Término derivado de guerrillero, formado de guerrilla, diminutivo de guerra.

Scherzen-lechner, que acompañó a Maximiliano en su expedición al interior, poco después de su llegada a Méjico, dirigió de León, el 29 de septiembre de 1864, una carta a M. Lein, en la que le decía:

"Adjunta os envío, de orden de S. M., la proposición de una lei que de orden de S. M. varios jurisconsultos de Guanajuato han preparado i que tiene relación con la cuestión triste i delicada de los guerrilleros i ladrones de caminos, cuestión que ocupa mucho a S. M. El Emperador piensa aprovechar el día en que el poder de Juárez acabe (el 30 de noviembre de 1864), o de aquel en que salga del país, para declarar solemnemente a la nación que hasta la mala i última razón política ha terminado i que en lo futuro cada guerrillero no podrá ser más que un ladrón de camino, i será juzgado con toda la severidad posible." (Méjico al través de los Siglos, tomo V, pág. 727).

Gusano de seda. Del latín cossus, carcoma.

La simiente del gusano productor de la seda la introdujo en Méjico el obispo de Santo Domingo don Sebastián Ramírez de Fuenleal. (Gay. Tomo 1°, pág. 377.)

Guzmán (José María). Del germánico gut mann, buen hombre.

El jefe político don José María Guzmán hizo progresar notablemente a Aguascalientes. Propagador incansable de las ideas republicanas, amigo de la instrucción, trabajó por abrir escuelas e inició la construcción de la principal, llamada de Cristo, que es un gran salón que puede contener centenares de niños. Concluido más tarde (1830–1832), Guzmán introdujo el sistema lancasteriano. También comenzó el Parián que se concluyó en 1828, el jardín de San'Marcos, etc. (González, pág. 99.)

or of the state of

the state of the state of the state of the secretarial description of the